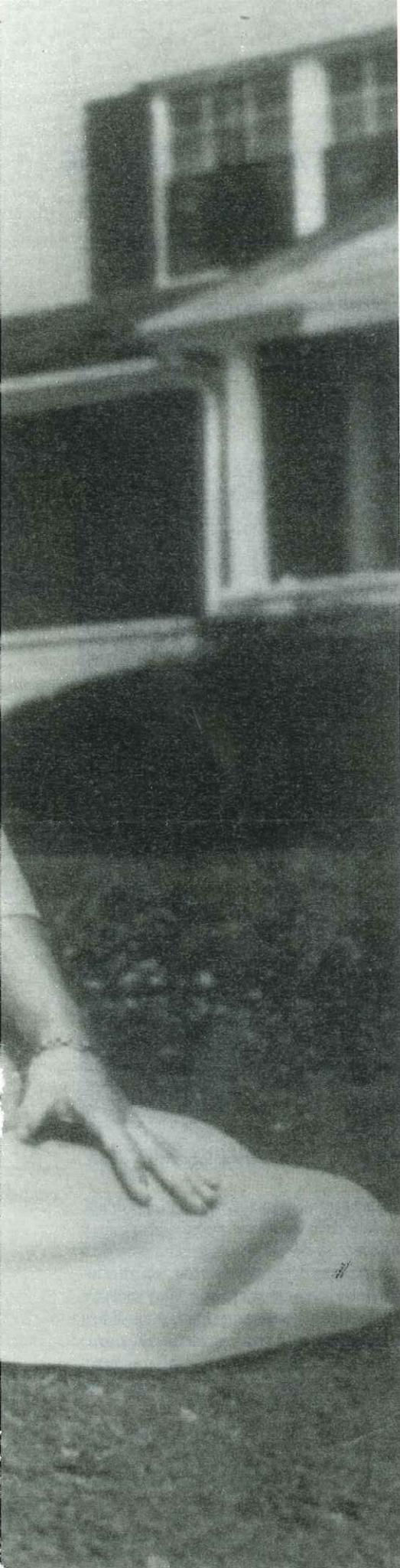




PAREJA PERFECTA.
John y Jackie Kennedy
fueron considerados
durante décadas un
matrimonio ideal.



UN TIPO LLAMADO JFK

SU CARISMA, SU FAMA DE SEDUCTOR Y UN ASESINATO AÚN HOY POR RESOLVER CONVIRTIERON EN MITO A JOHN F. KENNEDY. EN 'UN ADÚLTERO AMERICANO', JED MERCURIO BUSCA AL HOMBRE QUE HABÍA TRAS EL LÍDER MUNDIAL

TEXTO IMMA MUÑOZ FOTOS AP

Llamaremos "nuestro hombre" o le llamaremos "Jack" porque así lo quiere Jed Mercurio. Aunque, en realidad, para nosotros Jack debería llevar otro nombre, el nombre por el que siempre le habíamos llamado: John, John Fitzgerald Kennedy, JFK. Pero, para Mercurio, John es Jack, porque Jack era el apelativo que recibía JFK entre sus colaboradores más estrechos, su familia, sus amigos, sus amantes. John es el presidente, Jack es el hombre. Y ahí es adonde quiere llegar Mercurio, y llevar al lector con él: a conocer al individuo, al humano, al tipo, que es presidente, pero podría ser jugador de golf, o empresario, o periodista, o barrendero, o su vecino, o usted, o yo. Mercurio retrata a un hombre con sus puntos fuertes y sus puntos flacos, que lucha contra sus contradicciones

o se abandona a ellas, que se construye un ideario a medida para permitirse a sí mismo salirse con la suya, hacer lo que quiere, intentar ser feliz. Ni más ni menos que lo que haría cualquiera. Sólo que cualquiera no es JFK, el presidente de EE UU, el custodio del maletín con el botón rojo, el hombre que tiene en sus manos el futuro de la humanidad.

Y cualquiera tampoco tiene 2.000 libros que hablan de él, que intentan diseccionar del derecho y del revés su vida y su muerte, sus dolores y sus gozos, sus proclamas en el púlpito y sus susurros en la alcoba, sus reuniones en la cumbre y sus descensos a la realidad de la carne que florece y que se pudre. Todos esos libros sobre John Kennedy, señala Mercurio, "se detienen frente a la puerta de su dormitorio, ya que su matrimonio fue muy enigmático y muy pocas de sus amantes hablaron de for-

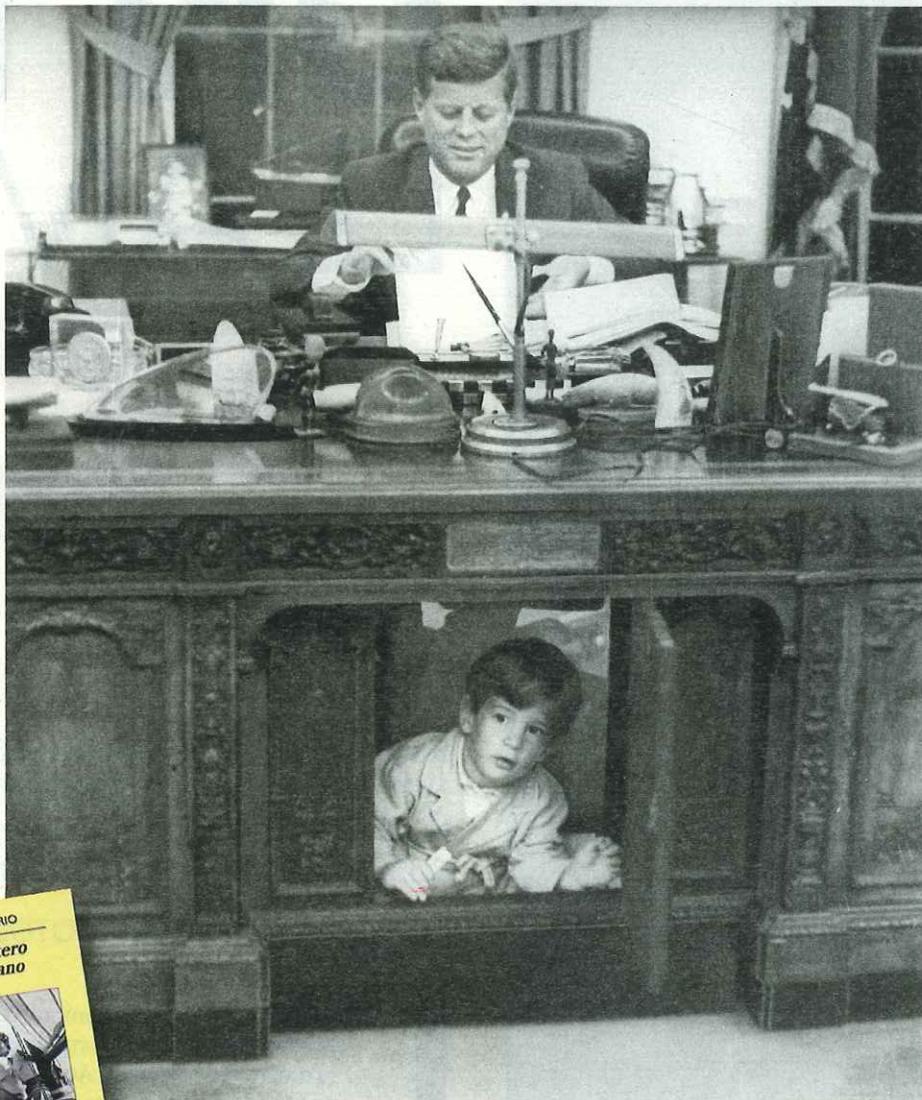
SEGÚN EL RETRATO DE MERCURIO, NADIE REÚNE MÁS ATRIBUTOS QUE KENNEDY PARA ENCARNAR EL "HAZ EL AMOR Y NO LA GUERRA": A LA OBSESIÓN LÚBRICA SE SUMA LA DEFENSA DE LOS DERECHOS CIVILES

ma pública o creíble". Él, sin embargo, en *Un adúltero americano* va a atreverse a franquear ese umbral. Porque él no busca a John, busca a Jack y le busca a usted, y la novela va a ser su camino para encontrarles.

EL TIPO DE LOS MIL DOLORES

Jed Mercurio es médico, así que tiene una capacidad especial para escrutar los secretos del cuerpo y reflejar cómo afectan al alma. Sin especulaciones filosóficas ni dramatismos compasivos. Con la inapelable frialdad del bisturí habla de las lesiones de espalda del presidente; de su osteoporosis; de la enfermedad de Addison, una degeneración de las glándulas suprarrenales; de incontables trastornos intestinales, prostáticos, urinarios, infecciosos, que se traducían en una ingestión casi bulímica de penicilina, esteroides, anestésicos, antiespasmódicos y testosterona. Conciliaba el sueño a base de Nembutal. Así que el lozano y confiado presidente, un verdadero macho alfa con su abundante cabellera y su porte atlético, se sostenía en realidad por una explosiva combinación de fármacos en cuyos efectos secundarios nadie quería pensar y una faja ortopédica que acabaría costándole la vida. Y no es una exageración: fue la imposibilidad de doblar la columna lo que le impidió evitar la bala que le mató aquel 22 de noviembre de 1963 en Dallas. Todo ello aderezado, además, con la fórmula milagrosa que el doctor Curalotodo (Max Jacobson, apartado de la profesión años después por sus locuras anfetamínicas) le inyectaba a escondidas de su equipo médico habitual.

Jack era consciente, en palabras de Mercurio, de no ser "uno de esos hombres destinados a seguir en la brecha hasta una edad avanzada", ya que su salud se deterioraba casi día a día, y admitía la posibilidad de estar "dentro de no muchos años" en una silla de ruedas "paralizado, incontinente e impotente", así que se propuso aprovechar al máximo la vida y sus placeres cuando podía hacerlo. Además, se deshacía de esas "acumulaciones" que se volvían "tóxicas" si no las expulsaba, y para las que el doctor Curalotodo pronto encontró un remedio: la eyaculación "en una relación sexual plena con una compañera



PADRAZO. JFK solía llevar a sus hijos al Despacho Oval. En la foto, John.



estimulante". Una receta a la medida del presidente.

EL TIPO DE LOS MIL GOZOS

Aunque Jack no necesitaba excusas para proponer a toda mujer que despertara su interés que le acompañara a cualquier habitáculo (una salita adyacente al Despacho Oval, o la limusina presidencial, o el dormitorio Lincoln, o, antes de alcanzar la Casa Blanca, la suite del Mayflower Hotel de Washington que tuvo reservada entre 1955 y 1959) con el fin de adentrarse en conversaciones más profun-

das que las que podían mantener en público. Aceptaron una *starlette*, y otra, y otra más; y una becaria; y un ejército de asistentes; y otro de prostitutas de alta cotización; y profesionales de más o menos valía y fulgor social; y amas de casa, y jóvenes que habían acudido a una recepción, que visitaban la Casa Blanca o que, simplemente, entraban en su campo visual. La voracidad sexual de Jack no tenía fin, y su poder le permitía grabar muescas y más muescas en el cabezal. El poder de seducción de Jack y el poder de ser John.

Pero no era ese gozo tan evidente el único

que complacía a Jack. También estaba el de tener a sus hijos, el “centro afectivo de su vida”, “la gran bendición” de su matrimonio. Jack adoraba a los pequeños Caroline y a John, y a su mujer, Jackie, y ese amor que sentía por ellos le permitía disfrutar sin culpas de su exagerada promiscuidad. La fidelidad, creía, le causaba cefaleas, náuseas, diarreas, infecciones urinarias y espasmos musculares que lo convertían en un hombre irritable y crispado, y, por lo tanto, en “un padre y un marido peores que cuando perseguía faldas”. Y sus amantes no eran más que objetos en los que descargar esa “energía orgánica” que debía expulsar para evitar que le fagocitara. Así que todo encajaba: si él era feliz, ellos eran felices. De su desahogo dependía la armonía de su casa. Y de su país.

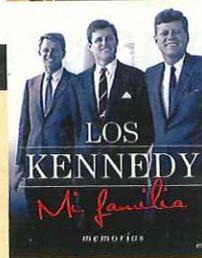
EL TIPO DE LOS MIL ASUNTOS

Porque, aunque Jack era perfectamente capaz de compartimentar su vida y de conseguir que los asuntos domésticos no interfirieran en los de Estado, cierto es que el bienestar personal aportaba un plus de lucidez a sus decisiones. Y, así, según el relato de Mercurio, en el fin de la crisis de los misiles y el inicio del freno

EDWARD M.
KENNEDY

LA OTRA CARA

Una familia idílica



Las memorias de Edward Kennedy (Ediciones Martínez Roca) están a las antípodas del libro de Jed Mercurio. En ellas, además de su propia vida y su labor como senador, el benjamín del poderoso clan Kennedy explica cómo le afectó la muerte de sus hermanos John y Robert, los momentos compartidos con ellos y la influencia de su familia en la trayectoria de los tres. Cada uno de los miembros del clan, del primero al último, fue una inspiración para él. Ni la más mínima grieta en una familia de postal. Ni siquiera la lobotomía practicada a su hermana Rosemary, retrasada mental, y su reclusión en un centro durante 63 años le hacen dudar de lo idílico de su entorno familiar.

a la carrera armamentista influyó la carta de un niño no mucho mayor que Caroline que le expresaba su temor a un conflicto atómico, y el propio sueño agitado de su hija, que parecía intuir la zozobra que causaba a su padre el ardor guerrero de unos generales a los que aborrecía. En el retrato de Jack/John que hace Mercurio, nadie reúne más atributos que él para encarnar el triunfo del floreado “haz el amor y no la guerra”: a la innegable obsesión lúbrica se suma la voluntad de mantenerse fiel a la defensa de los derechos civiles, de desconfiar del gatillo fácil de los militares, de evitar que los mismos que hacen la vista gorda ante sus orgías despidan a un consejero del Departamento de Estado por ser homosexual.

“Los hombres son una combinación tremenda de cosas buenas y malas”. Con esta frase de Jacqueline Kennedy abre Mercurio *Un adúltero americano*. Ni más ni menos que eso pretende mostrar el libro. Porque detrás de los mil dolores, los mil gozos y los mil asuntos sólo hay una cosa: un tipo. Como usted. Sólo que llamado JFK. **COM**